

LA VIVIENDA DE NUEVO. INDAGACIONES URBANÍSTICAS SOBRE LAS TRAMAS RESIDENCIALES DE LA CIUDAD CONTEMPORÁNEA.

Francesc PEREMIQUÉ LLUCH

Desde la perspectiva urbanística, la vivienda y el espacio urbano residencial, el estudio de las tramas, la habitabilidad del espacio exterior, próximo y cotidiano, parece que no tiene la atención investigadora que merece.

La ciudad como unidad delimitada y reconocible, ha desaparecido. Es una periferia inmensa, compuesta de fragmentos urbanos diversos, con diferentes niveles de urbanidad y urbanización, muchos de ellos vulnerables. A menudo, las deficiencias urbanas fomentan la degradación física y social del tejido, produciendo grandes desequilibrios.

La aproximación morfológica confía en la forma, la geometría y la medida, como respuesta a los retos urbanos. La sostenibilidad se juega en la medida y geometría optimizada de las cosas urbanas. La calidad de la forma es la que permite la pervivencia en el tiempo y aporta la flexibilidad necesaria para la adaptación al cambio. El programa urbano es hoy genérico, con poca atención al lugar, al momento histórico o a la morfología resultante, y presta más atención a la viabilidad que a la sostenibilidad futura. De lo que se trata es de plantear un cambio de paradigma: un programa urbano orientado hacia un desarrollo duradero.

Palabras clave: programa urbano, morfología urbana, deficiencia urbana, periferia urbana, habitabilidad urbana.

THE HOUSING AGAIN. URBAN DISCIPLINES ON THE RESIDENTIAL TIPS OF THE CONTEMPORARY CITY.

From the urban perspective, housing and residential urban space, the study of the plots, the habitability of outer space, close and daily, it seems that it does not have the research attention it deserves.

The city as a delimited and recognizable unit has disappeared. It is an immense periphery, composed of diverse urban fragments, with different levels of urbanity and urbanization, many of them vulnerable. Often, urban deficiencies encourage the physical and social degradation of tissue, producing large imbalances.

The morphological approach relies on form, geometry and measurement, as a response to urban challenges. Sustainability is played in the measure and optimized geometry of urban things. The quality of the form is what allows the survival in time and provides the necessary flexibility to adapt to change. The urban program is now generic, with little attention to the place, to the historical moment or to the resulting morphology, and pays more attention to viability than to future sustainability. The aim is to propose a paradigm shift: an urban program oriented towards lasting development.

Keywords: Urban program, urban morphology, urban deficiency, urban periphery, urban habitability.

*“El poc que hem apres encara,
El molt que ja hauriem de saber...”*

Raimon. No el coneixia de res.

Desde la perspectiva urbanística, el tema de la vivienda y el espacio urbano residencial, el estudio de las tramas, la habitabilidad del espacio exterior, próximo y cotidiano, parece que no tiene el interés disciplinar ni la atención investigadora que merecería. Tampoco lo tiene la investigación tipológica ni la habitabilidad interna.

En general, los que tratan la cuestión de vivienda de manera explícita, les preocupa la vulnerabilidad social en los barrios, el déficit de viviendas y las dificultades de acceso y tenencia. Aspectos cuantitativos y de carácter económico, sociológico o jurídico. Los que tratan el tema más indirectamente, preocupados por el entorno, lo hacen ocupándose de los déficits, del nivel de urbanización o equipamiento sin preocuparse demasiado de la calidad urbana y la habitabilidad que estos puedan o no generar. Preocupa disponer de dotaciones e infraestructuras, pero no su aportación a la urbanidad y calidad del entorno. Preocupa el paisaje natural, pero poco el paisaje cercano, el urbano y local. Preocupa mucho el territorio en sentido amplio, y poco, cada vez menos, el lugar concreto.

Esto llama la atención puesto que seguramente convendríamos todos que lo más importante para cada uno de nosotros es nuestra casa: la vivienda y el barrio, donde vivimos y nos relacionamos, el lugar con que nos identificamos, el lugar al que pertenecemos, donde nos socializamos: somos de.... y vivimos en...

Los lugares que habitamos, conjuntos de calles, parcelas y edificios, configurados como tramas urbanas, sus formas y las relaciones entre sus componentes deberían merecer mayor atención de la que, desde la disciplina, hoy se le dedica ¿Hemos renunciado a preocuparnos del tema? ¿Acaso no es lo bastante relevante? ¿No es oportuno? ¿No es pertinente? ¿No es de nuestra incumbencia? ¿No es de nuestra competencia? ¿No tenemos nada que decir? ¿Es que no hay tema? ¿No es un problema?

UNA MIRADA DESDE LA DISTANCIA. ¿Qué les ocurre a las ciudades? ¿Qué les hemos hecho?

Una mirada, desde la distancia, y a través de diversos trabajos de investigación, nos permite constatar algunos fenómenos que se producen en distintos lugares del mundo relacionados con el problema de la vivienda y el tejido residencial que demandan prestarles atención.

En Pekín, China, la ciudad construye desmesuradamente conjuntos masivos de vivienda mientras se destruye el tejido milenario del centro de la ciudad. Desaparece la forma tradicional de organizar la casa y el espacio público pierde su identidad. En Seúl, Corea del Sur, los conjuntos masivos de apartamentos minúsculos en un entorno anodino son interpretados como la expresión del progreso social. Interesa la célula, pero no el espacio exterior que la envuelve. En Riad, Arabia Saudí, se desarrollan todavía hoy extensos proyectos residenciales en fragmentos de dos por dos kilómetros: unidades repetitivas, sin sentido ni espíritu de comunidad que continúan proliferando, sin preocupación alguna por el aburrido espacio urbano que se produce. En Belgrado, Serbia, la manera de hacer de la ciudad soviética dejó grandes vacíos y discontinuidades entre edificios enormes de viviendas amontonadas. El comercio de proximidad, único elemento para la cohesión social y lugar de encuentro, se degrada y tiende a su desaparición. En Minsk, Bielorrusia, los anillos verdes que tienen que propiciar la calidad urbana, separan y aíslan más que unen. Intersticios vacíos entre grandes conjuntos de vivienda masiva cuyo traspaso y conexión transversal carece de interés y de sentido. En Alepo, Siria, la destrucción bélica y la devastación dejan paso a una reconstrucción urbana por hacer, que no debería copiar la situación precedente.

En América latina, el tránsito de la autoconstrucción a los programas masivos de alojamiento produce conjuntos de viviendas repetidas, mal dispuestas en parcelas minúsculas y calles excesivas. En Tijuana, y en tantas otras ciudades mejicanas, los fraccionamientos se extienden por el territorio indiscriminadamente, consumiendo mucho suelo, con demasiada vialidad rodada y poco equipamiento. En Bogotá, la infraestructura social y los estándares urbanísticos deficitarios continúan siendo objeto de preocupación mientras se empieza a abordar el tema de la recuperación de tejidos marginales haciéndolos accesibles, que no es poco. En Medellín, la necesaria implosión urbana implica repensar y cualificar tejidos interiores. En Quito, como en tantas ciudades, la verticalización áreas centrales fomenta la especulación inmobiliaria y gentrifica población. En Machala, el territorio frágil junto al agua es puesto en riesgo por la ocupación de los bordes. En Santo Domingo, y en otros muchos lugares, barrios marginales asentados en la ribera de los ríos están sometidos a la presión del constante por el riesgo de inundación.

En España, la mancha urbana ha crecido más del 100% en las últimas décadas. La mancha urbana no ha crecido tanto por la estricta necesidad residencial como por la dispersión, y el consecuente desplazamiento de la población hacia ellas. El incremento de población ha sido en las últimas décadas de alrededor del 25% en conjunto, no obstante la estructura de las unidades familiares, la longevidad, la movilidad, el cambio de hábitos habitacionales han provocado una enorme dispersión por el territorio, incrementando en número de viviendas y un consumo de suelo enorme. El incremento de la movilidad, el cambio en las condiciones de vida, la irrupción de aparatos electrónicos de toda índole en la vida cotidiana,...han hecho que el consumo energético se dispare, con crecimientos del orden del 300%, a límites insostenibles por los medios convencionales de producción energética.

En Barcelona, el proceso de reconstrucción de la ciudad ha mejorado los estándares interiores expulsando población hacia una periferia cada vez más lejana. La transformación urbana interior y el reciclaje de suelo en espacios de oportunidad han sido una de las prácticas más extendidas. La expansión urbana ha tenido por objetivo la consolidación de una metrópolis inicialmente desvertebrada y, hoy, no mucho mejor articulada. Se ha conseguido una ciudad de altas prestaciones y, demasiado a menudo, escasas y pobres relaciones. Muchos de los barrios de esta periferia están en situación y albergan población que los hace vulnerables. A pesar de las mejoras estructurales la vulnerabilidad social se mantiene y el entorno urbano sigue débil.

Podríamos continuar, pero solo sería redundar en hechos y fenómenos que ponen de relieve la importancia del espacio de habitar en las ciudades. El problema de la vivienda y el tejido residencial, reiterado una y otra vez, desde distintas perspectivas, es abordado cuantitativamente y poco o nada cualitativamente.

La mayoría de la población mundial vive en ciudades y por tanto nos enfrentamos a una sociedad fundamentalmente urbana con retos importantes en el espacio de habitar. La insalubridad es uno de ellos, resultado de los altos niveles de contaminación del aire, del agua y del suelo, y de la falta de higiene. La desigualdad creciente, la segregación y vulnerabilidad social, alimentado por carencias y déficits urbanos, de accesibilidad o de dotaciones, producen barrios vulnerables. La ineficiencia urbana y la especulación inmobiliaria hacen de la ciudad un producto caro e inaccesible. La fragilidad física, la precariedad económica, la inseguridad, la desintegración social, son síntomas de una realidad preocupante, que en mayor o menor medida se produce en todas partes del mundo y se mantiene a lo largo del tiempo. Los síntomas son similares, se trate de una sociedad más o menos desarrollada: contaminación, inseguridad, incomodidad, desarraigo, desafecto, precariedad....aunque se presenten con particularidades distintas según contextos.

Estos síntomas se traducen en términos físico-espaciales en desequilibrio y discontinuidad, dando lugar a una ciudad fragmentada, fracturada, segmentada y segregada. ¿Pueden así sobrevivir nuestras ciudades? Una pregunta que se hacían en el CIAM en los años treinta del siglo pasado y que sigue todavía vigente hoy. Los barrios bajos vuelven a estar presentes, si es que creíamos que alguna vez habían desaparecido. En este contexto, la regeneración de la ciudad se convierte en ¿necesidad?, en ¿oportunidad? o en ambas cosas a la vez.

Las preocupaciones disciplinares (sostenibilidad, resiliencia,...) son tan grandes cuando se plantean, como las ciudades que estudiamos y, tan inabundantes los problemas e inalcanzables las soluciones como ellas mismas. A menudo se habla de temas tan abstractos y conceptuales que se convierten en juegos de palabras, tópicos que luego no se pueden describir o cuantificar, fenómenos que no se pueden evaluar o estrategias que no se pueden implementar. Y todo queda en buenas intenciones.

Desde la perspectiva disciplinar, entonces surge de nuevo, y de forma reiterada, la pregunta ¿De qué nos tenemos que preocupar y en que nos hemos que ocupar? ¿Cuál puede ser nuestra aportación específica? ¿Cuál puede ser nuestra contribución al problema de la vivienda y de los tejidos urbanos contemporáneos?

¿EL PROBLEMA DE LA VIVIENDA DE NUEVO?

Detrás de la ciudad siempre está el mismo problema, el problema de la vivienda. ¿Cuál es el problema de la vivienda? Vale la pena ocuparse de nuevo de esta cuestión ya que de una manera simplista se acostumbra a reducir a la dificultad de acceso a la misma por amplias capas población, como si el problema solo fuera de naturaleza económica, que sin duda también lo es.

Para mucha gente el problema de la vivienda es poder pagar la cuota, sea de alquiler o de hipoteca, al final de mes. Como señala Engels¹, el problema de la vivienda ha afectado a lo largo de la historia siempre más a las clases desfavorecidas, aunque en realidad nos afecta a todos. El derecho a la vivienda está recogido en las constituciones y está reconocido por organismos nacionales e internacionales. Detrás de este derecho hay algo más que el problema de acceso y es el derecho a un espacio urbano habitable.

Tradicionalmente la calidad del producto, las condiciones de entrono y la posición han sido instrumentos de fijación de precios y lo que ha facilitado el acceso a una vivienda a amplias capas de población. El bajo precio se

podía alcanzar mediante la baja calidad de la vivienda y el hacinamiento, la acumulación de déficits en el entorno urbano y, la posición alejada y menos accesible del centro de la ciudad.

La vivienda es el producto más importante de nuestra vida, el de mayor necesidad y el de mayor durabilidad. Para el usuario lo importante es la relación precio/calidad, y que lo pueda pagar. El precio no depende solo del coste de producción (similar en muchos casos), sino del entorno (prestaciones directas—servicios disponibles—e indirectas—prestigio, antigüedad, deterioro—), la localización (posición y accesibilidad) en el territorio y, también de un mercado intervenido, que determina la disponibilidad o escasez, la oferta y demanda. La calidad de la vivienda depende del conjunto de prestaciones que ofrece la localización, el entorno y espacio interior de la vivienda. Estos factores físicos inciden en la desigualdad urbana y las rentas urbanas.

Para una interpretación contemporánea del problema, lo primero que habría que hacer es sustituir el término vivienda por casa, entendiendo por casa como el espacio/lugar para habitar y que, en consecuencia, la casa es. Por tanto hablar del problema de la casa es hablar de edificios y de infraestructuras, no como elementos disociados sino como partes de un todo.

Esto no es nuevo. De hecho, la modernidad, a principios del siglo XX ya planteo estas cuestiones aunque formuladas de otra manera, y seguramente con menos impacto. Incluso antes, a mediados del XIX ya la urbanística, se plantea problemas de sostenibilidad urbana, estrechamente vinculados a la vivienda. Haussmann en París y Cerda en Barcelona, toman como punto de partida el problema de la vivienda insalubre, la ciudad ineficiente y la injusticia social como base para sus análisis y propuestas. Tal y como reivindicamos hoy, la modernidad ya propuso una vivienda para la clase trabajadora emergente (equidad social), accesible y racional (económica y eficiente) y en un entorno saludable (medio ambiente adecuado).

La ciudad no son los ciudadanos, la ciudad es el lugar donde habitan los ciudadanos. La ciudad como objeto físico, como lugar, trasciende al ciudadano. En este sentido no es un problema coyuntural, del momento presente, sino de futuro. De ahí que su sostenibilidad adquiera un papel relevante.

Después de años de crecimiento de la ciudad, producido de manera espontánea, autoconstruida, sin previsión, han proliferado programas de construcción masiva de viviendas. Programas que han atendido, en general, más a los aspectos cuantitativos, a los procesos administrativos y la viabilidad económica coyuntural que a la sostenibilidad del tejido resultante o la calidad urbana.

Si bien es muy destacable el número de viviendas producidas y la superficie

¹ Engels, F. CONTRIBUCION AL PROBLEMA DE LA VIVIENDA. 1873. <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1870s/vivienda/>

urbanizada también lo es que el producto resultante acumula deficiencias y déficits desde su origen. Déficit que provienen de las determinaciones de los propios programas urbanos y arquitectónicos desarrollados. Y deficiencias técnicas en aspectos morfo-tipológicos de trazado y de ordenación urbana que tienen que ver con el proyecto, la definición de la estructura física, los mecanismos de composición urbanística o las reglas de edificación. Déficit y deficiencias que han planteado la discusión sobre la calidad urbana y sostenibilidad de estos fragmentos, formales y planificados de ciudad.

EN LA PERIFERIA.

La ciudad como unidad delimitada, objeto reconocible, morfológicamente unitaria, ha desaparecido. La ciudad contemporánea se puede describir como una periferia inmensa, compuesta de territorios urbanizados, con fragmentos urbanos de naturaleza y características diversas, con diferentes niveles de urbanidad y urbanización. Conformada a partir de lugares diversos, la periferia es un territorio sometido al impacto de flujos múltiples. La periferia, en la que confluye lo nuevo y lo viejo, el vacío y el lleno, fruto de yuxtaposiciones y superposiciones, en continuidad y discontinuidad, concentrado y disperso, es donde los problemas de la vivienda se acumulan.

Esta periferia se ha ido expandiendo las últimas décadas de forma explosiva en todo el mundo. En ella, el proyecto residencial ha sido una de las intervenciones más significativas, pero también las implantaciones de áreas de actividad económica, grandes infraestructuras para la movilidad o grandes espacios libres han sido prácticas habituales. Las grandes infraestructuras y los fragmentos urbanizados, que responden a lógicas distintas y, a menudo, excluyentes entre sí, se producen ensimismados. Lugares muy centrales en el mapa general son de difícil acceso y a los que no es fácil llegar.

Esta periferia, resultado de la construcción urbana durante los últimos 150 años es una acumulación de cosas generadas desde lógicas independientes entre las que el proyecto residencial ha ocupado un lugar central, pero a menudo subsidiario (...y el resto vivienda...). A pesar de la bienintencionada preocupación por la habitabilidad, los resultados obtenidos no son satisfactorios, resultando entornos aislados, poco habitables y mucho menos sostenibles. A pesar de la intervención reiterada en esta periferia, y reconociendo un nivel de urbanización y equipamiento “suficiente”, este territorio mantiene un nivel de deficiencia urbana y de déficit dotacionales que pone en cuestión las propias lógicas de intervención y el programa urbanístico desarrollado.

En las últimas décadas las intervenciones para su transformación han atendido básicamente a dos lógicas o maneras de hacer distintas: la de los proyectos y la

de los planes. La primera respondiendo a una finalidad y coyuntura particular y la segunda, al reconocimiento de unidades morfológicas homogéneas y con voluntad reguladora intemporal. Estas lógicas se han superpuesto mejorando elementos (una vía, un parque, un equipamiento,...) por un lado y uniformando tratamientos por otro. Los déficits de los fragmentos se han tendido a resolver al lado y con lógica independiente del entorno concreto, según las oportunidades y las disponibilidades.

A pesar de la voluntad en recoser, reciclar y reservar (Martínez, D. QRU 3), estas estrategias de actuación han tenido resultados dispares y todavía hoy son los retos fundamentales a los que se deberá atender en los próximos años.

Calificativos (en realidad descalificativos) comunes y demasiado habituales, de la periferia son todavía hoy: aislamiento-fragmentación, lejanía-discontinuidad, descontrol-indefinición, monotonía-uniformidad, monofuncionalidad, y anomia.

El *aislamiento* aspecto tiene que ver con la *geografía y las características del soporte*, la posición relativa y las relaciones con el entorno: límites, fronteras, barreras, rupturas, fraccionamiento, puertas, recintos. El aislamiento provoca fragmentación y desencaje.

La *lejanía-discontinuidad* con el *espacio común* (comunitario/comunidad), desde lógicas funcionales (movilidad y accesibilidad) o significativas (espacios ocio o representativos), espacios públicos y colectivos, para el acceso, el movimiento o la estancia. Las calles que deberían ser centro de atención, para la configuración de itinerarios y espacios peatonales amables, cómodos, agradables, no lo son. La proximidad y la accesibilidad son los objetivos a alcanzar.

La *indefinición* tiene que ver con el difícil *control del espacio* (dominio) con todos sus matices (del acceso, seguridad, mantenimiento, individualidad, apropiación) y contradicciones (control y limitación de acceso y uso) tanto a nivel individual como comunitario. Los retos son la apropiación de los espacios y la superación de barreras físicas y sensoriales. La garantía de privacidad el sentido de comunidad los objetivos

La *individualidad* (singularidad y flexibilidad) choca con la uniformidad y repetición (tipo y racionalidad) de los objetos arquitectónicos, y también con el papel de los elementos reconocibles y memorables (con historia, memoria, huellas). Valores espaciales, perceptibles y sensibles dejan de estar presentes, mientras que un adecuado nivel de rugosidad y porosidad son necesarios.

La *monofuncionalidad* en el uso de los espacios, entendiendo la actividad en sentido amplio, productiva y no productiva, continua o esporádica, periódica o puntual, individual o colectiva,...según las horas de día o los días del año. Diversidad de usos y, suficiencia y autonomía funcional son requeridos.

La *anomia*, ausencia de reglas y normas reconocibles en los lugares urbanos que los convierte en memorables (con historia, memoria, huella) y que en consecuencia fomenta el caos y el desarraigo. La carencia de identidad, la ausencia de valores espaciales, las sensibilidades agredidas,... hacen de ciertos lugares inhabitables.

Contrarios a estos descalificativos son los valores y atributos de urbanidad: Integración, proximidad, privacidad, rugosidad, diversidad y la identidad.

La urbanidad, o la carencia de ella, resumen y contiene muchos de los “*calificativos-descalificativos*” anteriores, tanto a nivel de atributos físicos como socio-económicos y ambientales. Los atributos de urbanidad, junto a otros aspectos de carácter económico (eficiencia y racionalidad), social (equidad y cohesión) y ambiental (higiene y salud) deben ser garantía de sostenibilidad.

Estos atributos, sucintamente descritos, son los que conforman una periferia urbana, donde la mayoría de la gente habita. Transformar esta periferia en una determinada dirección debería ser el objetivo.

OTRA MIRADA ES NECESARIA.

Uno de los problemas contemporáneos en el mundo desarrollado es que, aun cumpliendo con las prestaciones directas, a menudo las deficiencias urbanas fomentan la degradación física y social del tejido. Frente a los desequilibrios crecientes es importante poner límites (acotar), y frente a la segregación física hay que superar las barreras y quitar fronteras.

Superadas las formas de análisis convencionales (sobre los procesos de crecimiento y de las formas -morfologías físicas- del crecimiento-; de los componentes y sus relaciones; las aproximaciones estructurales y sistémicas; las mapificaciones descriptivas -sociológicas, geográficas, históricas, económicas-; las lógicas operativas y regulatorias -ciudad controlada y normalizada- y equidistributivas -igualitaria en derechos y obligaciones-) que explican parcialmente el hecho urbano, su manera de ser y de hacerse, con resultados limitados, es necesaria una nueva aproximación a partir de atributos de consenso emergentes de las lógicas de la sociedad contemporánea como valores urbanos positivos. La individualización de estos valores no es ajena, no obstante, a análisis más convencionales que permiten detectar los “*calificativos o descalificativos*” existentes así como señalar los “*atributos de urbanidad*” existentes, potenciales o deseables, en un territorio determinado.

Las variables planteadas se consideran cualidades, positivas o negativas según su presencia, en los fragmentos urbanos. El grado en que pueden ser reconocidas permitirá establecer el nivel (estándar) de calidad urbana.

Intentar reconocer con precisión ¿Cuál es la identidad de la periferia urbana contemporánea? ¿Cuán sostenible es el tejido analizado? ¿Qué tipo de proyecto residencial nuevo se puede o debe implementar en este territorio? ¿Cómo el nuevo programa residencial puede revertir la situación actual? ¿Qué características debería tener y cumplir? ¿En qué y cómo hay que intervenir, a partir de las evidencias documentadas? En definitiva ¿Qué hay que hacer y que se puede hacer? son las preguntas pertinentes.

Decía Mario Benedetti, “cuando teníamos todas las respuestas nos cambiaron las preguntas...”. Podemos afirmar lo contrario, lo que ha de cambiar son las respuestas a preguntas siempre muy similares. Reconocer e interpretar adecuadamente estas preguntas puede traer luz a las respuestas. Las preguntas no son nuevas, pero sí que lo han de ser las respuestas, si se pretende alcanzar nuevos objetivos superando la realidad existente.

La capacidad técnica del arquitecto urbanista permite analizar y proponer. Analizar el hecho urbano, desde múltiples variables pero con un solo objetivo que es la propuesta de mejoras físicas del entorno habitado. Proponer permite fijar criterios, definir objetivos, buscar indicadores, establecer regulaciones, dotar de instrumentos, capacidad práctica y operativa de gran utilidad, para afrontar el reto.

No obstante la intervención del urbanista no es suficiente. Es necesaria e imprescindible canalizar la intervención en la construcción de la ciudad a través de los poderes públicos, con la finalidad de reducir las desigualdades urbanas y equilibrar las rentas.

La intervención de los poderes públicos en la construcción de la ciudad a lo largo del tiempo se puede explicar en tres aspectos. Un primer aspecto donde el objetivo fundamental es la regulación, en la que el plano y la ordenanza eran los instrumentos básicos. Las reglas de la forma urbana eran, y son todavía hoy, el tema de discusión al inicio de la urbanística como disciplina. Un segundo aspecto, en que la equidistribución urbana toma el protagonismo mediante la aplicación de estándares urbanísticos (niveles mínimos de urbanización requeridos), definición de las prestaciones y aprovechamientos urbanos (usos, densidades e intensidades de edificación) y la incorporación de instrumentos de gestión (reparto de beneficios y cargas, que utilizan la reparcelación como técnica fundamental). Esto implica que la ciudad se construye por fragmentos cerrados y acabados. En un tercer aspecto, muy contemporáneo, en que, sin olvidar los instrumentos anteriores, y como respuesta a la lógica de mercado y la competencia entre las ciudades, surge la necesidad de reforzar la identidad, poner en valor la diferencia y expresar la especificidad de la ciudad como producto. Y como producto, cada fragmento urbano ha de ser comparable (equivalentes en prestaciones) y diferenciable (con identidad propia).

A pesar de que el problema de la vivienda y los tejidos urbanos, desde una perspectiva disciplinar, está puesta encima de la mesa desde el siglo XIX, en el momento actual la mirada debe ser sobre un periodo más próximo. La razón no es otra que las circunstancias que envuelven el problema han de tener unas condiciones contextuales homogéneas. El periodo comprendido entre las dos últimas grandes crisis, la de los años 70 y la de 2008, de casi 50 años de duración y que, a pesar de las mutaciones sociales sufridas, es relativamente homogéneo y útil para esta discusión.

La crisis de los años 70, entre el mayo del 68, como hito cultural, y la crisis económica del 73, produce por la necesidad de un cambio de paradigma como resultado de la tercera revolución industrial. Los cambios tecnológicos y la globalización suponen una transformación del sistema productivo, tanto en los aspectos organizativos de las empresas como territoriales de sus implantaciones, con un impacto social y urbano enorme. La crisis da lugar al abandono de extensas áreas urbanas centrales, y a un proceso de expansión territorial sin precedentes en las décadas siguientes.

La desigualdad social se agudiza en los años 70 de manera alarmante en las ciudades. Desigualdad social que se concreta, entre otros aspectos, en la desigualdad urbana (partes de ciudad con niveles de prestación muy distinta) y factor clave en la segregación social. Ya entonces, una constatación generalizada era la existencia de una ciudad deficiente, de baja calidad urbana, tanto espacial como funcionalmente, y una ciudad deficitaria, con falta de dotaciones y servicios, déficits de urbanización y accesibilidad, elevados desequilibrios territorial y urbano, existencia de vivienda envejecida y obsoleta, deficiente y deficitaria, en muchas ciudades. Lo que hacía posible el acceso a un hábitat a las clases sociales desfavorecidas.

Con la crisis, también llega el fin de una época en la manera de hacer y entender la construcción de la ciudad y de unas formas de crecimiento urbano obsoletas, inviables económicamente e inaceptables socialmente. Unas por producirse al margen de la legalidad (marginales y urbanizaciones irregulares), otras por producir hacinamiento (densificación de tramas) y otras por inviables (polígonos y conjuntos de vivienda masiva de iniciativa pública).

El fracaso de la planificación urbanística, y en general de cualquier planificación cerrada en los años 70, comportó la necesidad de buscar un tipo de aproximación disciplinar distinta y propia de los arquitectos, que pusiese en el centro la definición de forma urbana como objetivo urbanístico y medio de transformación social.

Diversos autores de aquellos años, 70-80, intentan recuperar el análisis morfológico como instrumento de trabajo (Krier, Panerai, Rossi, Solà-Morales...) confiando la calidad de la ciudad, como medio para la

mejora social, en la calidad de su forma. Disciplinariamente se asume esta aproximación y la desarrolla. Se hace recurriendo y recuperando las aportaciones de un pintoresquismo antiguo, de Sitte y Unwin; o rebuscando en los referentes clásicos (Bofill, Stern, Johnson, Duany...); releendo los proyectos del movimiento moderno (del CIAM y del Team X), en clave compositiva, de paisaje urbano, intentando construir nuevos lenguajes y nuevas relaciones. El denominado "Urbanismo Urbano" centro la atención de la disciplina urbanística en la construcción de lo urbano y en los métodos e instrumentos útiles a la misma. El objetivo era construir ciudad, desde la perspectiva de su materialidad, confiando en la medida y la geometría como medios. El planeamiento urbanístico como instrumento proyectual de construcción de la ciudad tomo un carácter pragmático e instrumental, jurídico y administrativo, útil para la concreción del proyecto, la definición de las reglas y la distribución de los beneficios y cargas.

Lo que interesaba y en lo que se confiaba era en la forma como mecanismo de redención. No solo en la línea de aproximación de K. Lynch, sobre la percepción sensorial y subjetiva de la ciudad, sino en la materialidad de Rossi o la complejidad de Venturi. Entre tanto, otras aproximaciones, donde subyacía un discurso ideológico, en clave sociológica, psicológica, económica, etc., ya no importaban tanto. Solo importaba la realidad tangible y material, la forma aparente y perceptible sensorialmente, y los mecanismos que la hacían posible.

La recuperación de la ciudad se convirtió en un objetivo generalizado contrapuesto a la explosión indiscriminada de la ciudad sobre el territorio que se producía. La recuperación de barrios mediante su recualificación, a través de reurbanización y equipamiento y, la extensión urbana controlada en todas sus dimensiones, desde el proceso a las normas, eran las dos lógicas.

Territorios urbanos obsoletos, ocupando posiciones periféricas de áreas centrales se convirtieron en oportunidades a partir de la necesidad de recuperar estos lugares, de alto valor por su localización para la ciudad, para su transformación y puesta al día. En este contexto, surge la necesidad de reconstruir la ciudad europea, que se consolidara como tópic en la década de los 80. Durante años se trabaja en mejorar una periferia, a menudo sin superar sus propios defectos, a la vez que se genera una nueva, más lejana.

En este contexto cabe preguntarse ¿Porque el morfologismo de los años 80 no consigue generar sentimientos de pertinencia e identificación, si precisamente su objetivo era este? ¿Porque la forma es ajena los usuarios o no refuerza la cohesión social? La discontinuidad urbana, la fragmentación y la yuxtaposición de partes independientes no articuladas es probablemente una razón, aunque no la única.

De las distintas aproximaciones, una de ellas apuesta particularmente por

la atención a los procesos de construcción como elemento determinante/condicionante de la forma. Es la teoría denominada de “Las formas de crecimiento urbano”², donde la palabra forma es sinónimo de modo o manera. Las formas estructurales de crecimiento urbano, formulada como teoría urbanística por Sola-Morales y el LUB en los años 70, introduce en el centro de la reflexión la idea de proceso de construcción de la ciudad de modo que una denominada “forma de crecimiento urbano” surge del proceso de combinación de elementos urbanos básicos, calles, parcelas y edificios, en un determinado orden (más o menos concentrado o diluido en el tiempo y con agentes intervinientes específicos). La diferencia específica es que su preocupación no está en cómo se debe producir la ciudad “nueva” sino en reconocer la realidad existente para intervenir en ella. No habla de cómo hacer los nuevos tejidos sino de entender las lógicas propias para intervenir en los existentes, ponerlos al día y mejorarlos. Pero lo más importante de todo es entender la construcción de la ciudad como proceso y no como obra acabada.

La aproximación, útil tanto desde el punto de vista analítico como propositivo, permitió generar taxonomías urbanas con características específicas para su comprensión. Pero lo más interesante es que trabajaba a partir de los componentes físicos de la ciudad: calle, parcela, edificio. Su utilidad se manifiesta tanto en términos analíticos como proyectuales: trazado, división del suelo y reglas edificación. El análisis y los instrumentos de proyectación prestaran atención a los componentes físicos de la materialidad urbana: la casa, la parcela y la calle como unidades esenciales en la definición de lugares urbanos y de la construcción de la ciudad, sus relaciones y procesos.

El paso de una lectura analítica (de conocer, denunciar y valorar) a una necesidad propositiva hace necesario convertir esta lógica en un conjunto de instrumentos prácticos en la construcción de la ciudad. No obstante, el criterio simplificador y uniformizador del planeamiento urbanístico y la legislación administrativa, han tendido a uniformar las intervenciones y los programas, más que a atender a las especificidades y diferencias.

Con el cambio de siglo se incorpora a la discusión un nuevo eje de debate que centra el análisis de la ciudad, ya no en las categorías físicas y morfológicas, sino en la discusión ambiental, social y económica, la sostenibilidad en definitiva (Declaración de Río 1992, Carta de Leipzig 2007, Fórum de las Culturas del 2004 en Barcelona, la Nueva Agenda Urbana de Quito en 2016) otra vez. Otra vez, porque un análisis cuidadoso de los objetivos urbanísticos del movimiento moderno en los años 30 señalan precisamente los mismos vectores de la sostenibilidad contemporánea: viviendas saludables, económicamente asequibles y para las clases sociales desfavorecidas emergentes. Lo que demuestra que el problema no son las preguntas sino las respuestas.

² Sola-Morales, M. Las formas de crecimiento.

La irrupción en este debate de la sostenibilidad comporta que las preocupaciones por la forma pasen a un segundo plano para que se vuelva a plantear la discusión de carácter más programático, es decir a debatir sobre los estándares e indicadores que hay que alcanzar y sobre los procesos en la toma de decisiones (participación y gobernanza) y no sobre las propuestas morfológicas o resultados físicos, que es lo que en definitiva permanece y perdura en el tiempo. El resultado poco importa. Prueba de ello es que la mayoría de los barrios que se van a construir con la pretensión de la sostenibilidad (los denominados eco-barrios) no aportan ninguna innovación morfológica o tipológica, sino más bien al contrario.

A REPROGRAMAR. TEMAS, PROCESOS Y OBJETIVOS NUEVOS A ABORDAR.

La ciudad no es, no puede ser, un objeto acabado. Está, como reconocen muchos autores, en constante transformación. Las dinámicas de transformación espontáneas, interesadas, impuestas, improvisadas, informales, no producen beneficio social alguno y, en general, tienden a tener un elevado impacto ambiental, social y económico. Esta transformación es imprescindible que sea orientada, pautada, conducida y pactada en el espacio y en tiempo. En el espacio, porque cada cosa tiene su lugar; construimos en “lugares”, y en ellos, construimos “nuevos lugares”. A dos tiempos, en el corto plazo y en el medio plazo: acción concreta inmediata y previsión futura.

La aproximación morfológica ha confiado, y confía, en la forma, la geometría y la medida, como instrumento de respuesta a los retos urbanos, en el pasado, en el presente y, previsiblemente en el futuro. El estudio de la forma, la investigación sobre geometría y medida es un reto fundamental, y no solo por razones estéticas, sino también técnicas y éticas. La sostenibilidad, en definitiva, se juega en la medida y geometría optimizada de las cosas urbanas y sus relaciones. La calidad de la forma es la que permite la pervivencia en el tiempo, dota de flexibilidad necesaria para la adaptación al cambio y la hace sostenible.

Y hablando de forma, es útil reconocer diferentes niveles (escalas) en su definición, del todo a las partes y de las partes al todo. Una que correspondería a la más estructural, organizativa y abstracta. Una segunda que tendría carácter compositivo, que necesita de las repeticiones y variaciones, de secuencias espaciales perceptibles, sensibles y memorizables. Un tercero que tendría que ver con la materialidad física, la ordenación, próximo a las reglas de edificación y el diseño urbano.

En buena parte esta discusión, para bien y para mal, tiene que ver con el tipo y tamaño de las intervenciones: hoy fragmentadas, pequeñas, autónomas,

condicionadas y dependientes. Trozos de ciudad, que, con más o menos fortuna, se insertan en espacios urbanos existentes y terminan encajando, y a veces no, como pueden. La ciudad se convierte en el resultado de fragmentos yuxtapuestos y de algunos elementos (en general grandes vías y recintos cerrados) superpuestos.

Para alcanzar un desarrollo sano, eficiente, equitativo y resiliente, de las tramas residenciales en base a la adecuación de parámetros morfo tipológicos, significa definir y proponer estrategias y metodologías de intervención de base común, mediante instrumentos de definición morfológica, orientadas a mejorar de las prestaciones urbanas, la calidad de vida y la productividad, a través de pliegos de recomendaciones técnicas y la definición de un programa urbano compartido. Implementando modelos de análisis, y verificación, útiles para la toma de decisiones políticas, empresariales y de los usuarios, con la finalidad de optimizar los recursos, mejorar la capacidad de adaptación a los cambios y adecuados sistemas de gestión más eficientes.

Los retos contemporáneos de la conurbación urbana de Barcelona puestos de manifiesto en programas políticos³, extensibles a otras ciudades, son todavía hoy el acceso a la vivienda y la regulación del alojamiento; la gestión democrática del acceso y uso del agua, la energía y el espacio común; la calidad del aire y del transporte público; y la economía para el interés común. Estos retos son compartidos por muchas ciudades (globales), pero han de ser abordados desde lógicas locales (municipales).

El estudio de los tejidos de la periferia urbana como espacio susceptible de recuperación significa la consideración implícita de que se trata de un territorio deficiente y deficitario y en consecuencia vulnerable, donde la residencia debe ser considerada no solo un fin sino un medio e instrumento de recualificación urbana. En este contexto, identificar las causas de las desigualdades y vulnerabilidades en distintos entornos urbanos es otro reto.

Para ello es necesario definir:

- Los factores, dimensiones y escala las desigualdades que hacen los tejidos vulnerables en marcos urbanos diversos, sobre distintos tipos de tejidos y según diversidades demográficas.
- Revisar la efectividad de políticas y estrategias locales, prácticas de planeamiento y todo tipo de intervenciones, dirigidas a promover la inclusión social, la cohesión y la resiliencia, en la búsqueda de nuevos modelos.
- Construir nuevo programa urbano para alcanzar objetivos de desarrollo sostenible.

La cultura y tradición del proyecto urbano residencial, los métodos e instrumentos de proyectación y las lógicas de implementación a lo largo del tiempo (S XIX-XX), aportan valores implícitos y testimonios (aportaciones teóricas y proyectuales) útiles a tener en cuenta.

El estudio y conocimiento de los tejidos urbanos residenciales, las variables morfológicas, los componentes físicos y sus relaciones espaciales métricas y geométricas son esenciales. Para ello hay que explorar nuevos métodos e instrumentos de análisis sobre el tejido urbano contemporáneo. Materiales, métodos, variables e instrumentos de análisis y diagnóstico útiles para conformar nuevas evidencias que superen las aproximaciones convencionales que hoy ya son más limitantes que prospectivas.

Es necesaria la definición de un nuevo programa urbano para el espacio residencial que atienda a los retos del diagnóstico y plantee lógicas nuevas de intervención, reconociendo e incorporando las aportaciones históricas y contemporáneas.

Para todo ello una posible línea de actuación pasaría por:

- 1) Evaluar la morfología urbana (geometrías, parámetros, relaciones métricas, indicadores y descriptores morfo tipológicos) de los tejidos residenciales construidos en la últimas décadas según programas de vivienda de iniciativa pública, de interés social y precio asequible y su encaje-articulación en el entorno
- 2) Cualificar los déficits y deficiencias, plantear retos y diagnosticar oportunidades de carácter morfológico, en relación a los desafíos contemporáneos de la ciudad que permita definir un programa urbano nuevo.
- 3) Definir medidas correctoras físicas y morfológicas, para reorientar la acción urbanística hacia el desarrollo urbano más sostenible de los tejidos residenciales existentes y de nueva creación.
- 4) Elaborar pliegos de recomendaciones técnicas específicas de carácter morfo tipológico a incorporar en la agenda urbana de prioridades compartidas, la planificación urbanística y el proyecto urbano de instituciones, agentes y comunidades, que atiendan a la geografía (lugar), a la historia (tiempo) y la coyuntura (necesidad presente).
- 5) Unificar métodos y procedimientos, verificando la utilidad práctica en situaciones diversas y la capacidad pedagógica mediante propuestas demostrativas.

³ Según el plan de gobierno municipal del Ayuntamiento. *BCN en comú. Reptes de govern*.

Todo ello con la finalidad de establecer un programa urbano nuevo y reprogramar⁴ la construcción de la ciudad.

La urbanística necesita volver a desarrollar un instrumental propio y específico de la disciplina, distinto de la ingeniería y de la arquitectura, pero en relación a ambos. La definición y control de los dominios es clave. Los planes, como instrumento proyectual ordenan los procesos en los que intervienen agentes diversos a lo largo del tiempo con objetivos y finalidades distintas. Son instrumentos de previsión pero también de acción. Acción que consiste en regular, ordenar y gestionar; y previsión que supone prever, planificar y programar. A diferencia de la planificación, que utiliza una lógica deductiva (del todo a las partes), el nuevo proyecto urbanístico debería incorporar una lógica inductiva de las partes al todo con sucesivas escalas de agregación.

Los planes urbanísticos con diferente alcance territorial, a diversas escalas como instrumentos de acción y previsión, han estado orientados a la regulación (normas urbanísticas) y han servido como instrumentos para la equidistribución y la gestión urbanística. Los planes sectoriales o temáticos, que abordan problemas específicos, han estado preocupados por la cobertura del servicio. Los más recientes, los Planes de Barrio⁵ son programas de actuación consensuados en los procesos de participación para unos entornos elegibles en función de su vulnerabilidad, basada en criterios fundamentalmente socio-económicos y complementan los instrumentos y estrategias de los planes sectoriales y territoriales. Estos programas, como bien siendo habitual desde hace años, integran la acción social con algunas intervenciones físicas en urbanización, equipamiento o vivienda. Acciones puntuales, de incidencia local y carácter coyuntural, surgidas de la reivindicación social (de los actores implicados exclusivamente). El plan de barrio no incide en aspectos estructurales, no propone acciones sistemáticas, no incluyen aspectos regulatorios, no incide en la acción privada, no afecta a políticas sectoriales. Aspectos todos ellos sobre los que es imprescindible intervenir.

En el desarrollo urbanístico, la técnica urbanística dispone de instrumentos de definición morfológica estableciendo parámetros regulatorios (normas y ordenanzas), mecanismos de equidistribución (estándares urbanísticos e instrumentos de gestión) y de identificación (especificidades y condicionantes del producto inmobiliario y del lugar urbano), pero no han estado debidamente incorporados ni se han desarrollado los instrumentos en relación a algunos requisitos de sostenibilidad fundamentales.

⁴ Reprogramar: Acción de reformular los programas mediante la verificación y análisis del proceso de programación que permite la selección adecuada y oportuna de las medidas correctivas necesarias al detectarse los desequilibrios entre las metas programadas y las alcanzadas por cada una de las entidades responsables, propiciando con ello un desarrollo adecuado de las actividades conforme a lo programado. www.definicion.org/reprogramacion

⁵ Plan de Barrios en BCN. <http://pladebarris.barcelona/es>

El programa urbano (objetivos a alcanzar) es hoy, en general, genérico (más cuantitativo que cualitativo), con poca atención al lugar (geografía), al momento histórico o a la morfología resultante, y presta más atención a la viabilidad coyuntural que a la sostenibilidad futura. En esta nueva fase, de lo que se trata es de iniciar un proceso orientado hacia un desarrollo duradero y sostenible, incorporando al programa urbano objetivos en esta dirección, sea en la regulación, en la gestión, en la planificación, en la fiscalidad o en la identidad.

Un cambio de paradigma en la formulación del programa urbano y del proyecto vinculado es imprescindible. La reflexión urbanística, centrada en la morfología urbana, ha de tomar en consideración y como ejes vertebradores el ciclo del agua urbana, la autosuficiencia energética compartida y el espacio para el desarrollo de la actividad social y económica en la comunidad. Elementos en los que habría que centrar tanto la evaluación de las tramas como en las estrategias de mejora o transformación.

Este nuevo programa puede surgir de un nuevo análisis urbano orientado a interpretar la periferia introduciendo una mirada distinta a los temas tradicionales: espacio no construido, la movilidad peatonal, tipología- tejido construido y usos, poniendo las personas en el centro. Interesan los objetos, y todavía más las localizaciones, pero sobre todo, las relaciones, en especial las de la ciudad cotidiana.

Es de particular importancia tener en cuenta en la implantación de los asentamientos, su definición morfológica y adecuación topológica. Se trata de prestar atención a la geografía del lugar, la topografía y orografía, su capacidad de vertebrar el territorio y condicionar el paisaje. Proyectar los tejidos desde el agua como tema central es un reto y oportunidad fundamental, como necesidad, como riesgo y como valor.

La energía de proximidad y compartida es una opción hoy viable que necesita prever las infraestructuras correspondientes, correctamente articuladas con el tejido, que sean gestionables y seguras, a un coste razonable. Las energías que malgastamos en desplazamientos e ineficiencias del sistema pueden revertir en bienestar personal y social. La energía no puede ser más un añadido al proyecto, debe ser el proyecto.

Los espacios para el desarrollo economía social, desde el punto de vista morfológico y tipológico, es imprescindible que su soporte físico, sea capaz de albergar espacios adecuados y facilite la implantación de actividades compatibles con la residencia, actividades ligeras, de pequeño tamaño, artesanales, próximas e integradas en el tejido. Se deben incorporar los espacios para el desarrollo de un proyecto social, lugares de creación, producción e intercambio. La adecuación tipológica es fundamental.

El agua como componente básico para la vida, la energía como elemento esencial para la economía y la organización social como sustento del desarrollo humano, no pueden estar desligadas del proyecto urbano de los asentamientos residenciales. Este sería un nuevo objetivo, para integrar conocimiento, técnicas dispersas y saberes especializados en el proyecto urbano emergente. Agua, fuego y tierra (suelo) han de inspirarnos. El aire, como cuarto elemento, está por encima de todo.

